





FLORENCIA VERCELLONE

Antes de encontrarte

UN AMOR
SUSPENDIDO
EN EL TIEMPO



 *Editorial El Ateneo*

Vercellone, Florencia

Antes de encontrarte / Florencia Vercellone. - 1a ed. - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2023.

320 p. ; 26 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1451-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863

Antes de encontrarte

© Florencia Vercellone, 2023

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Melanie Milagros Sanz

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

Tapa: Caro Marando

1ª edición: diciembre de 2023

ISBN 978-950-02-1451-3

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en diciembre de 2023.

Libro de edición argentina.

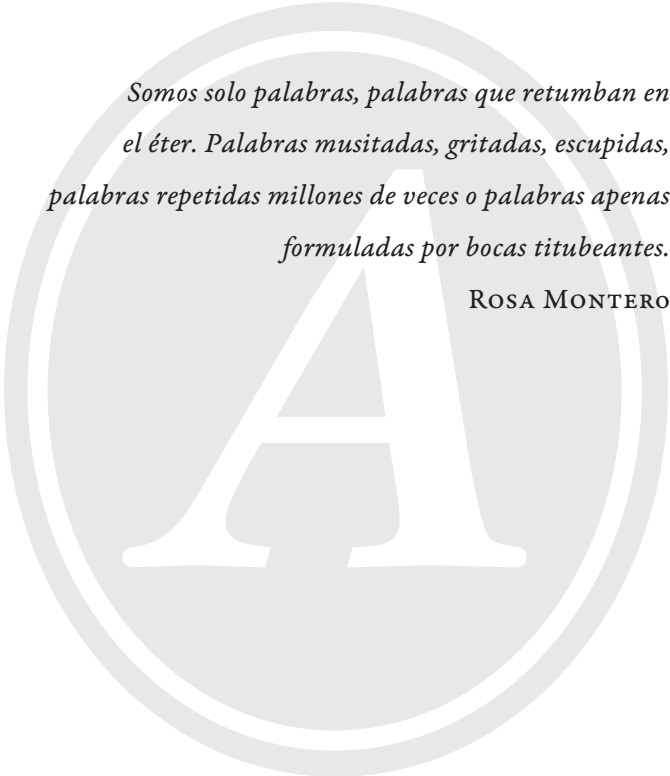
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

*Para Jorge, mi papá, por haberme enseñado
el valor del amor y la libertad.*

A





*Somos solo palabras, palabras que retumban en
el éter. Palabras musitadas, gritadas, escupidas,
palabras repetidas millones de veces o palabras apenas
formuladas por bocas titubeantes.*

ROSA MONTERO



Prólogo

Córdoba
MARZO DE 2006

Esta historia tiene dos comienzos. Este relato, este amor escrito en pasado, que ha jugado con el tiempo y se dio el lujo de atrasar las agujas del reloj para marcar la hora exacta en el momento menos indicado, puede haber sido, al fin y al cabo, solamente una fantasía o la única forma que tuvo el destino de mostrar a sus protagonistas que los finales siempre quedan abiertos. Quizá fue algo casual, la cita puntual en la mayor de las ignorancias. O todo lo contrario: el punto preciso y nunca calculado donde se juntarían de una vez y para siempre las coordenadas existenciales de dos extraños conocidos. ¿Azar o destino? ¿Desconocimiento o porvenir? Preguntas que, aún después del inexorable paso de los años, ni ella ni él se podrán responder.

Ella fue joven y decidida, valiente pero precavida. Vivía solitaria, entre libros y la voz exigente de su madre. Conoció un día el amor y dejó su nido seguro para salir a correr con el viento. Se quitó la venda de los ojos, soltó amarras, miró el mundo y su país, y quiso cambiarlos al lado de ese hombre que le ofrecía el infinito. Le creyó hasta la última palabra, cumplió con cada una de sus recomendaciones. Ninguno de los dos descifró las señales de la noche que se avecinaba. Se amaron libremente en tiempos en los que la osadía se pagaba con la vida. Ilusos, se dieron el lujo de discutir dejando en el aire las ofensas.

Ella se fue sin querer irse, pero convencida de que no quería regresar. Cruzó el océano desconocido; una vez del otro lado, con la cabeza baja y el espíritu domesticado, solo pudo ver su propio ombligo y decidió olvidar.

Él fue un soñador incurable, un hombre que creció entre ideales y que desde pequeño sintió que estaba marcado el camino que debía recorrer. Fue determinante, astuto, combativo. Se enamoró y esa pasión fue uno de sus mayores desafíos, porque de tan pura representaba todas sus debilidades. Como todo intrépido, no dudó en pergeñar planes inmorales, en burlar la ley, en alzar las armas por lo que consideraba justo. Luchó sin cansancio, atravesó la ciudad visible y al mismo tiempo la otra, la clandestina. Fue inteligente para salvar a todos, menos a sí mismo. Un mal día, cayó. Padeció cada instante en ambos infiernos: el íntimo, que le reprochaba no haber podido escapar, y el de los verdugos, que lo invitaba a morir. Muchos años

después, cuando pudo perdonarse, creyó que para seguir debía nacer de nuevo.



Todo esto lo entendieron después, mucho después, cuando los recuerdos vencieron al silencio y no les quedó más que relatar los pasos que habían desandado sin saber que estaban avanzando hacia su encuentro. Sin embargo, antes de que esto ocurriera fueron solo un hombre y una mujer caminando a contramano y en silencio.

En un marzo ya amarillo se sostuvieron la mirada, cuando hacía décadas que la tenían desviada. Sucedió en una marcha que pregonaba memoria donde sus olvidados amores se rozaron. Fue en medio de un caos de gente donde sus almas solitarias se descubrieron.

Y mientras el murmullo de las voces, los redoblantes y los cantos a viva voz se escuchaban alejándose a medida que dejaban atrás el punto de encuentro donde se habían vuelto a reconocer, ellos parecían, sin saberlo, abrir camino en la ciudad. Fue como un instante que inauguró una dimensión diferente, un registro distinto y único que ambos parecieron leer de la misma manera. Pero no lo sabían, porque los atravesaba un silencio cómplice e incómodo.

En un momento, a ella le empezó a molestar la humedad de ese cambio de estación apresurado. Tenía una campera liviana en la mano y la cartera de lazo largo cruzada de izquierda a derecha mantenía apretado el aire de sus pulmones y también las costillas a la altura del corazón. Como sentía las manos demasiado vacías, jugaba de a ratos con los anillos que tenía en los dedos. Los movía, los giraba, los corría hacia adelante y hacia atrás. Él andaba de camisa y pantalón, como quien descrece del frío, había cerrado el paraguas rojo y después de varias cuerdas de sostenerlo en una mano se lo había puesto bajo el brazo.

Tomaron camino rumbo al sur buscando algún lugar donde poder sentarse a concretar ese café que sería el corolario de un cruce imprevisto, mientras la diagonal los llevaba equivocados al cauce de La Cañada. Iban hacia abajo sin saberlo, por una pendiente imperceptible que los invitaría a empezar de cero. Ninguno de los dos sabía muy bien hasta dónde llegarían.



—Está cambiada la ciudad —dijo él con la mirada hacia abajo, sin reparar en que la frase reflejaba su ausencia por esas mismas calles.

—Sí —respondió ella de manera contundente, automática, despojada de argumentos. Al instante, detuvo la frase—. Pensándolo

un poco más —continuó, con una sonrisa exigida—, creo que es lógico. Bah... que está bien que cambie, que parezca otra. Yo..., yo casi no recuerdo nada de aquí.

De toda la oración, Juan se quedó con una palabra y la agarró en el aire.

—¿Nada?

Ana se mordió el labio como retándose. No había querido decir eso, pero ya lo había hecho, y por eso intentó explicarlo mejor, aclarar la idea.

—Nada de las calles, de los lugares, de las distancias. No recuerdo nada, o muy poco. ¿Por qué habría de recordarlos? ¿Tú recuerdas los nombres de las calles?

La frase se escuchó amontonada, ansiosa, apresurada. Pero Juan no se percató de eso, sino de otra cosa. A Juan el “tú” le sonó a un golpe. Ana le hablaba como si fuera otra. Era otra. Como él.

Además del modismo español tan naturalizado, le llamó la atención que no se hubiese sorprendido por la mirada que tenía del lugar. Pergeñaba, en segundos, si sabría algo más de su vida lejos de Córdoba. Pensaba, como ella, en seguir buscando indicios del presente, y por eso la caminata seguía silenciosa, intercalada con las respuestas medidas de ambos.

—Es cierto, no es necesario recordar todo —contestó Juan cambiando de lugar el paraguas, llevándolo debajo del brazo derecho—. Aunque no me vendría mal acordarme ahora mismo, por ejemplo, de algún café que pueda estar abierto un día como hoy, ¿no? —Ella movió la comisura hacia un lado, levantó las

cejas y los hombros, y lo miró fijo, convencida de que no tenía nada para aportar.

Sin embargo, tres pasos más adelante se frenó y sacó las manos de debajo del abrigo. Con la izquierda le tomó el antebrazo a Juan y con el índice de la derecha señaló al aire mientras indicaba:

—Cuando veníamos hace un rato para acá con Clara, creo haber visto uno abierto, si no me equivoco... estaba por allá... cerca de... aquella esquina —dijo, al tiempo que volteaba la cabeza de un lado a otro buscando el lugar entre las tipas de La Cañada.

Juan la observó y escuchó detenidamente. Había hablado de Clara, ese nombre con el que se había topado solo un par de veces antes, pero que evidentemente era el eslabón que faltaba para saber por qué Ana estaba ahí.

Observó también su mano izquierda, que le tomaba el brazo: el dedo anular vacío, sin signos de alianza. Se guardó el dato en silencio. Ana, en tanto, sintió que la mirada de Juan había cambiado y que los ojos ya tenían una pregunta que estaba a punto de salir de su boca.

—¿Estabas con Clara? —quiso saber. Evidentemente, Ana calculaba la información que daba cuando hablaba, las conjeturas que el otro empezaba a hacer, el rompecabezas que se construía con lo dicho.

—Sí, pero ya ves..., la he perdido cuando te encontré. Supongo que seguirá en la marcha, en compañía de...

—¿Seguiste en contacto con ella? —Juan no le dejaba terminar las oraciones, ansioso por sus respuestas.

—No —apuntó con fuerza mientras hacía una larga inspiración para seguir hablando y apoyaba los pies contra el piso en esa esquina donde se habían detenido—. De hecho, es la segunda vez que nos vemos en treinta años.

—Treinta y uno —corrigió él.

—¿Qué? —Ella no entendió el equívoco.

—Que no son treinta años, son treinta y uno.

—Ah, sí, treinta y uno... —subrayó mientras registraba la mano que había puesto en el brazo de él y la sacaba, como evitando un contacto que pudiera confundir. Era mejor enfocarse en encontrar la cafetería.

La marcha del 24 de marzo, ese espacio donde se habían encontrado, se iba yendo cada vez más lejos de donde estaban. Lejos, los redoblantes y los cánticos, los megáfonos y la muchedumbre. Y ellos se quedaban en el abandono de las calles sin autos, callados pero no vacíos de preguntas, amalgamándose al letargo de un feriado por la tarde.

Avanzaron solo una cuadra más y vieron el local abierto. Sin decir nada, entraron. Ninguno de los dos parecía saber cómo seguir el diálogo o retomarlo donde había quedado. Tejían en su imaginación, sin embargo, una historia con las palabras sueltas que se iban diciendo.

Ana se quitó la cartera con cuidado y luego la dejó junto con el abrigo en una silla. Juan, en tanto, apoyó el paraguas en otro

asiento y sacó del bolsillo del pantalón un teléfono celular que dejó sobre la mesa.

—Un expreso bien cargado —pidió ella con marcado tono español cuando vio a la moza acercarse a la mesa, sin darle tiempo a que les consultara algo.

Él sonrió y miró de reojo a la joven con evidente cara de agobio por tener que trabajar un feriado, con la bandeja bajo el brazo esperando la reacción.

—No hay expreso, señora, hay café o cortado —indicó.

—¡Vale! —soltó Ana, con un ademán agitado de la mano derecha que reflejaba mitad enojo y mitad cortesía, y agregó—: Un cortado entonces, ¡bien fuerte!

La moza giró la cara hacia Juan y no bien escuchó “lo mismo para mí”, dio la vuelta y se fue.

Juan sintió que, otra vez, Ana le había dejado una nueva punta por donde empezar a charlar. Ese tono español, ese decir tan pesado de esas mezcladas con zetas que se le había pegado al paladar era la excusa perfecta para tirar del hilo, para saber algo más sobre esa mujer que tenía enfrente después de tanto tiempo y que, a pesar de que veía tan cerca, no lograba descifrar. Salvo por esa chispa en los ojos que seguían siendo los mismos de siempre.

Ella, en tanto, intentaba no mirarlo a la cara y observaba la cafetería con fingido interés. Se detenía en las paredes color rojo intenso, los cuadros de panes, facturas, espigas tan aburridos y comunes de siempre, en las personas leyendo el diario, el televisor prendido en el fondo. La sorprendió, entonces, la pregunta sin avisos de él.

—¿Cómo se te pegó la tonada española?

Ana ya había escuchado muchas veces esa frase. Primero, de sus primos y sus tías, sorprendidos con la avidez con que su lengua se había acompasado al país que la había recibido en el exilio. Luego, de otros argentinos que descubrían en ella una co-terránea. Por último, de Clara. Y en cada ocasión, a ella la pregunta siempre le sonaba entre caprichosa e inconducente. Por eso respondía una y otra vez lo mismo.

—¡Es que la llevaba en la sangre! —respondió en tono de burla y largó una carcajada sabiendo que Juan entendería el chiste. Muy posiblemente él se acordara del linaje familiar de su madre y de los parientes catalanes que treinta y un años antes la habían recibido.

No se equivocó. Enseguida él le regaló una sonrisa amplia, sincera, generosa. Habían podido romper el hielo y ella, rápida de reflejos, aprovechó el envión de ese aire que salía entre los dientes.

—En cambio a vos te escucho con el mismo tono —dijo retomando el diálogo y el voseo—. Y sin embargo la ciudad te resulta otra, ¿dónde estuviste todo este tiempo?

No bien lo dijo, Juan frenó esa soltura de cuerpo que le había dejado la risa. Se puso rígido como si un punto exacto en la mitad de la columna le hiciera enderezar la espalda que se había contoneado segundos atrás. Su mente viajó lejos y por diversos lugares.

Sabía la respuesta, lo que no sabía era por dónde empezar a contar.



Primera parte







Capítulo 1

***Es un pedacito
de lo que yo sentí
que me pasó.
Es un pedacito de lo
que yo recuerdo
de lo que sentí
que me pasó.***

Ana Ilovich





Unidad Penitenciaria San Martín (UP1)
SEPTIEMBRE DE 1975

Mucho tiempo después, aun cuando estuviese en un lugar seguro y confortable, donde no sintiera ese temor en la piel del castigo constante, esa tremenda sensación de morir a cada momento y de necesitar sobrevivir a cualquier precio, aun cuando todo a su alrededor fuera luz, calma, serenidad, Juan no podía evitar sentir una profunda angustia, un dolor inconmensurable en el pecho cada vez que escuchaba la lluvia pegar violenta contra una ventana.

Las imágenes comenzaban a caer sobre él pesadas, grotescas, cargadas de espanto, de días sin fecha, de tiempo sin horas, de un silencio atroz. A pesar de los gritos, a pesar del infierno, a pesar de la locura, el silencio seguía acompañándolo desde

entonces, como testigo invisible de aquello en lo que se había convertido: un hombre sin palabras.

Entonces, cada vez que alguna lluvia torrencial lo sorprendía, en cualquier lado, y el aguacero comenzaba a golpear un vidrio, Juan respiraba tratando de hacer de ese ruido un ruido más y no caer en el abismo del recuerdo de ese día en el que había sentido por primera vez el odio del otro en cada parte de su cuerpo. Ese día en el que había tenido que elegir, por primera vez, si abandonarse a la muerte gloriosa y liberarse de un destino que anticipaba oscuro o aferrarse caprichosa, tenaz, tercamente a la vida y aceptar el castigo de sobrevivir como héroe. Fue pocas horas después de su arresto, cuando casi empezaba a pensar que su encierro estaría signado por los interrogatorios y las golpizas de rutina que habían contado algunos de sus compañeros.

Jamás imaginó esa forma de crueldad, de sadismo, de perversión. Entregado al desquicio de otros, su cuerpo aguantó mucho más de lo que él hubiera querido cada uno de los tormentos, que se confundían en su piel con el desgarrar de los tormentos de quienes sufrían como él algunos metros cerca. De ese recuerdo punzante y fugaz ha retenido solo el olor a carne quemada mezclado con orina, y también el sonido, indiferente, ajeno, de la lluvia contra lo que debe haber sido un pequeño ventiluz ubicado por encima de él en la estrecha sala donde lo tenían atado a la camilla desnudo, amordazado y con los ojos vendados.

En aquel momento, Juan pensó ser lluvia, ser agua resbalando por el vidrio, cayendo desde el cielo y soltando todo sentimiento de culpa que podía albergar por soltar un nombre, un dato, un lugar. Pero nunca pudo liberarse de tan egoísta dilema y eligió entonces hacer un pacto de silencio. Si la vida se empecinaba en mantenerlo en ese cuerpo resistiendo, entonces jamás saldría de su boca una palabra que pudiera acercar a quienes amaba a ese averno en el que había caído. El rostro de Ana pobló de inmediato su mente como una bendición donde se fundían el pasado, el presente y el futuro. Por ella, todo. Por ella, el desquicio, la abstención de palabras, el abismo con los demás, la traición con el resto, el después.

Cada vez que escucha las gotas estrechándose fatales en cualquier ventana, Juan rememora ese pacto, aspira del cigarrillo que seguramente tiene en la mano todo el oxígeno tóxico que necesita y sigue.

Como solía ser ya una costumbre, también ese día estaban todos sentados sobre el piso y apoyados contra la pared del pabellón, medianamente erguidos, soportando los dolores ya pegados a su cuerpo.

Hablaban tranquilos, como encontrando las palabras correctas y en un tono casi alegre, porque sabían que en el

encierro la alegría provenía de las cosas más pequeñas. Entonces, uno por uno se iban diciendo en voz alta quiénes eran y a qué se dedicaban antes de llegar ahí, tratando en esa pequeña acción de contarle al otro su identidad, mantener en pie su cordura. Todo lo contrario de lo que podría haber pasado afuera, donde jamás se hubiera regalado un dato personal en forma tan generosa.

Afuera, sobre todo en los últimos años, la regla había sido ser nadie, una sombra, un enigma para el enemigo. Era lo esencial. Adentro, ser alguien era descubrir un anclaje vital, una realidad que se creía perdida en el laberinto del espanto donde habían caído y donde ya todo parecía un desquicio.

Era un ejercicio que había surgido por intención de uno de ellos, el más despierto, el más idealista, y que había conseguido rápidamente el apoyo entre la mayoría. Así, en un momento del día, sobre todo cuando el desánimo desesperaba, se iban presentando con la frente en alto y destacaban datos puntuales de su historia afuera del penal.

La gimnasia mental que permitía recordar quién era quién funcionaba no solo para mantener la memoria activa, sino también la empatía y, por qué no, el humor. Sus descripciones se mezclaban, a veces, con anécdotas de su infancia, con apodosos inventados por familiares, por coincidencias dentro de la ciudad que los cobijaba desde niños. Más de una vez se habían sorprendido de saber que el Ruso había sido vecino en Alberdi del abuelo del Fiaca, o que el Rulo había nacido el mismo día

que el Negro. Datos irrelevantes en cualquier lugar, salvo en ese encierro al que no querían acostumbrarse.

Todos habían aprendido a acercarse de a poco a la lumbre invisible de palabras, donde con datos pequeños de su vida mantenían encendido el fuego de la esperanza. Todos, salvo Juan, que se esmeraba en construir un abismo a su alrededor y optaba por el silencio oscuro, por la mirada fija en la pared, por la inercia. A veces ni siquiera respondía a la invitación del resto y se ponía de espaldas al grupo. Al principio había recibido más de un apriete de sus propios compañeros de pabellón, como un castigo por no querer compartir el desencanto de la reclusión. Pero con el tiempo se dieron cuenta de que no tenía sentido insistirle. Nunca hablaría. Nunca contaría nada de su historia, de ese muchacho que seguramente tenía una familia o un amigo o una novia que lo lloraban afuera. Solo sabían que se llamaba Juan, que era “perro”, de la izquierda, y que le decían “el Flaco”. Que había caído en agosto del 75 por la toma en el Cabildo y nada más. Allí fue el punto y aparte de su vida o, mejor dicho, el punto final. El resto de la historia la comenzaría a escribir cuando saliera de allí, si salía, varias páginas más adelante.

Ese encierro, ese paréntesis de terror, le daría el espacio para separar una vida de la otra. Entonces, cuanta más ausencia de vínculos, de nombres, de cosas, más sencillo sería renacer.